



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 43.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO:

La gratitud, por don Domingo Arjona Casado.—**Al Rey del Cielo**, poesía, por Luisa.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Una flor á María Santísima**, poesía, por don Antonio Molina Gonzalez.—**El depositario**, por don J. de D. Ruiz.—**Varietades**.

LA GRATITUD.

No obstante la natural propension del hombre hácia lo malo, nótanse en su corazon y en el fondo de la humanidad entera sentimientos tan delicados, virtudes tan esplendorosas y tan puras, como el lirio que al través de la maleza levanta su corola, como el sol que sobreponiéndose á las sombras mismas rasga el negro tul que le circunda y alza su frente de diamante sobre el cenit del cielo.

Uno de estos sentimientos, una de estas virtudes es la gratitud.

Estrella refulgente á cuya luz conoce el alma los agenos beneficios.

Virtud preciosa, que dimanando de Dios, ennoblece el corazon humano, haciendo al hombre

feliz sobre la tierra y endulzando sus horas de quebranto.

Árbol frondoso, á cuyo pié pululan otras mil virtudes, que como otras tantas flores embalsaman el templo de nuestro corazon, en cuyas aras se quema de continuo el aromado incienso de nuestro amor mas puro.

Arriete indestructible, que colocado frente á las murallas del escepticismo moderno, concluye por demoler sus muros, alzando sobre sus ruinas la bandera blanca de la paz y de la reconciliacion.

Á su influjo suave y poderoso, ceden los mas empedernidos corazones; á su benéfica palabra llénanse de lágrimas los ojos que no lloraron, y ábrense á la luz del dia las pupilas que no vieron.

Humanizando esta virtud, pudiéramos figurárnosla en una virgen de castas formas y mirar risueño, en cuya frente brilla la inteligencia, en cuyos ojos arde la inspiracion, de cuyos labios mana la dulzura y la poesía.

Y en verdad ¿qué cosa más poética, qué cuadro más pintoresco, que el que á todas horas nos ofrece la naturaleza entera?

¿Veis? es la hora del alba; el ruiseñor, que á

la caída de la tarde vino á aprender nuevos cánticos al centro de los bosques, viendo alzarse por el Oriente y entre nubes de ópalo y grana los primeros rayos precursores del día, lanza al espacio en melodiosos trinos su primer trova, su primer himno á Dios, en accion de gracias y en reconocimiento de su Ser Supremo.

La flor, que durante la sombra de la noche tuvo cerrados sus pétalos misteriosos, al recibir de los ojos de la aurora los primeras lágrimas de rocío, álzase ufana, orla el borde de su cáliz de cristalinas perlas, y dirigiéndose al cielo parece que dice: «Gracias, Señor, gracias por los infinitos favores que me dispensas; humilde criatura tuya ¿qué podré ofrecerte de mi parte? ¡ah! recibe de mi seno su más mística esencia, su más suave aroma, el aroma de la gratitud!»

El débil arroyuelo, que saltando entre juncos y arrayanes se pierde en la llanura, al brillar de nuevo el sol sobre sus ondas de plata, parece que se alegra, parece que sonríe, y que en su lenguaje poético colma de alabanzas á su Creador Santísimo.

El ángel del hogar, la niña pudorosa que velada aun su casta frente con el blanco cendal de la inocencia, abre los ojos al despertar el día, lo primero que pronuncia, al divisar el alba, es un himno dulcísimo, una de aquellas oraciones que ella aprendió entre caricias y besos de los labios de su madre, y que solo las madres componen y saben enseñar.

¿Qué poesía más arrebatadora, si un hermano suyo, como ella puro, como ella inocente, la despierta para entonar los dos á un tiempo esas trovas dulcísimas, que como el humo del turbulo del sacerdote, se elevan inmaculadas hasta el cielo!

En suma: el balido de la ovejueta, que pasta entre romeros, y el mugido del buey que parte á la pradera; el canto del ave aun antes del crepúsculo, y el vuelo de la oropéndola al despertar el día; son otros tantos himnos que en union del sol, del mar, y de las flores, constituyen el gran concierto que la creacion entera eleva en accion de gracias al Dios de las misericordias, al Dios creador y conservador, al Dios de Abraham y de Isaac; al que entre rayos de luciente gloria mostróse omnipotente en Sennar y en Oreb; en las célebres encinas de Mambré y allá en las elevadas cumbres de Sion.

De otro modo: el mundo, el sol, la luna y los demás planetas, con todo su esplendor, con toda su pompa y majestad, son únicamente notas, que presas en el pentágrama de lo infinito, forman, por decirlo así, el gran himno al Hacedor Supremo.

Hay seres, sin embargo, que mostrándose sordos á la voz de sus hermanos, á la voz de la naturaleza, á la voz de Dios, levantan ante su pecho una muralla, y reconcentrandose en sí mismos, viven una vida triste y azarosa.

Estas pobres criaturas, poniéndose bajo el nivel de los brutos, dejan secar en su corazon una de las más preciosas virtudes.

Poseidos de un egoismo sin tasa, muchas veces no aceptan el beneficio por no cuidarse del agradecimiento.

Sucede con ellos lo que con las predisas y terrenos arenosos: cuanta sea la simiente que se les arroje, otra tanta es la siembra que se pierde; cuanto esmero se pone en su cultivo, otro tanto desprecio se recibe en recompensa.

Estos seres, por fin, son los ingratos.

Domingo Arjona Casado.

AL REY DEL CIELO.

EN EL 7.º ANIVERSARIO DE LA PROFESION

de la inspirada poetisa, sublime religiosa

SOR MARÍA TOMASA DEL SACRAMENTO

Hoy arrulla mas dulce una paloma
Que en torno de tu altar amante gira.
Las flores de su alma en rico aroma
Te regala, Señor, cuando suspira.
Hoy en sus ojos la ventura asoma
Y el amor casto que tu amor la inspira:
Y su eco puro, sin igual, sincero,
Con las auras te dice: ¡YO TE QUIERO!

Evangélica uníon siente su alma
Empapada en la fé que la ilumina;
Baña su corazon celeste calma
Que su canto á los cielos encamina,
De su pura virtud te dá la palma
Obsequio de su amor, prenda divina;
Y su acento, cual místico reclamo
Con el viento te dice: ¡YO TE AMO!

Un año mas, Dios mio, que es tu esposa
Siendo la mas feliz de las mujeres,
Un año mas de vida venturosa.
¡Bendito tú, Señor, bendito eres!
Un año mas que tu grandeza admira,
Siete que de su amor te dió el tesoro,
Por eso cuando plácida suspira
Con la brisa te dice: ¡YO TE ADORO!

Luisa.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

Elena pálida, inmóvil y anonadada, con la hermosa frente caída sobre el seno, dejaba correr las lágrimas que, lentas y silenciosas, brotaban de su alma.

Al fin alzó sus ojos y los fijó en su padre, cuyos labios no pronunciaban una frase tampoco, y con acento débil y suplicante,

—El tiempo pasa con harta rapidéz, dijo; es tarde y anhelo volver á mi morada.

—¿Quieres dejarme! murmuró Héctor á media voz.

—¿Y podemos, por ventura, estar juntos siempre? ¿No ha dicho V. que nadie ha de saber los lazos que nos unen?

—Tienes razon: Fanni debe ignorar siempre que eres su hermana; ¡al menos que ella no tenga derecho á juzgar á su padre culpable! ¡que ella ignore el pasado! ¡que no se enrojezca mi frente delante de ella tambien, ya que tú...!

Elena besó llorando la mano de su padre.

Era el único modo de probarle su respeto y su amor.

Héctor, conmovido ante tanta bondad,

—Y si lo deseas, se apresuró á exclamar, pronto estoy á publicarlo todo. Habla, dime una palabra y te llamaré con orgullo mi hija.

—Oh! no, murmuró la jóven; todavia no.

—En tus manos confío mi porvenir, Elena: lo dejo todo á tu eleccion.

—Volvamos, exclamó ella fatigada y sin fuerza, volvamos por Dios: yo reflexionaré á solas con mi corazon todo esto; y puesto que V. lo deja á mi arbitrio, yo resolveré y luego le diré mi decision. Pero ahora, se lo suplico de nuevo; volvamos: no tengo fuerza para seguir mas tiempo en esta lucha.

Héctor dió orden al cochero de volver á San Ginés.

La pobre jóven queria alejarse, queria refugiarse en la soledad, como la tímida paloma que trastornada por el ruido de los tiros del cazador, se siente herida y bate las alas ansiando huir, aunque sin saber siquiera á dónde.

¿Era tan niña y estaba tan desamparada para afrontar aquel dolor!

¿En qué alma podia depositarlo, si todo aquello era un secreto entre ella y el que le habia dado la vida?

¡Pobre Elena! hay pesares para los cuales no existen depositarios, ni amigos, ni consuelos!

Cuando el carruaje llegó muy cerca de la iglesia, Héctor mandó al cochero que se detuviese, y la jóven descendió de él, y con las mismas precauciones con que se habia alejado, volvió otra vez al lado de Águeda.

—Vamos, murmuró la jóven dirigiéndose á ella, vamos.

Cuando estuvieron en la calle, la anciana exclamó:

—¿Qué descolorida vienes, hija mia! ¿has llorado?

—No: dijo Elena enjugando con rapidéz su ojos, húmedos aun; ¿pero es tarde? ¿me he detenido acaso demasiado?

—Á las seis salimos de casa y no son las ocho aun.

—¿Dos horas! ¡oh! ¡cuánto he sufrido en ellas, Águeda mia!

—Pero ¿ese señor es tu padre?

—Sí; ¿no has visto que he ido con él?

—Es verdad que fijándose bien, á pesar de tantos años, aun parece reconocerse en sus facciones las del esposo de la pobre señorita Consuelo. Lo que es menester es que mi señor no le vea, porque aunque está tan viejo, yo no respondo de lo que haria.

—Mi abuelo debe ignorar todo esto, te lo repito, hasta que Dios me inspire lo que debo hacer.

—Con que segun eso, la señorita Fanni....

—Es mi hermana: ¡ah! algo habia en nuestras almas que nos acercaba la una á la otra! algo habia en nuestras almas que me impedia aborrecerla.

Águeda no pudo percibir estas últimas palabras, y ambas siguieron su marcha caminando ya en silencio.

Algun tiempo despues penetraban de nuevo en su modesta casa, donde reinaba la mayor quietud aun, puesto que D. Martin dormia tranquila y profundamente.

Águeda se entregó á sus ocupaciones cotidianas, y Elena se encerró en su cuarto, donde por algun tiempo dió rienda suelta á su dolor.

—Dios mio, exclamó entre sus lágrimas; Dios mio, inspiradme lo que debo hacer, y tú, madre mia, sosten á tu hija, y haz que no vacile en la senda de su deber.

Por largo espacio Elena meditó la situacion en que el destino la habia colocado, y por largo espacio tambien fluctuó entre su amor y el sacrificio que el deber la imponia.

Para luchar frente á frente con su hermana y disputarla el corazon de Ricardo, tenia que amargar para siempre el alma de ésta, tenia que arrojar á su padre en la pobreza quizá, quizá en

el deshonor! tenia que hacerse indigna de su cariño, indigna de recordar la memoria de su madre, cuya vida entera habia sido un continuo sacrificio, una perpétua abnegacion en beneficio de Héctor, á quien ella, con una palabra, iba á arrancar buen nombre, posicion, esperanzas, ¡todo!

Podria ella, en fin, triunfar y ser la esposa de Ricardo; pero cuántas lágrimas, cuántos males acarrearían á los demás sus horas de dicha.

Para un alma como la de Elena, la eleccion no podia ser dudosa ni tardía, entre su felicidad y la felicidad de las personas que amaba.

Un corazon como el suyo no podia dejar de ser noble y grande, á pesar de su propia debilidad.

—¡Que Fanni sea la esposa de Dervil, exclamó al fin; que mi padre se salve de la ruina y el deshonor, y que vea que la hija no es menos resignada que lo fué la madre, y que cual ella le ama y le perdona su desgracia! Para ellos la ventura, el amor, la riqueza; para mí, mi modesta existencia, mi anciano abuelo, mis horas de llanto; pero las alegrías eternas de una conciencia tranquila, la aprobacion de mi alma y la seguridad de que mi madre me bendecirá desde el cielo!

Desde aquel instante la conducta de Elena estuvo fijada, y su resolucion adoptada.

Renunció á Ricardo para siempre, y con él á todos sus sueños de amor y pasion.

Enjugó sus ojos, serenó su frente, y esperó confiada en Dios, que la daria fuerzas en aquella afliccion.

Pero ¡ay! aun le quedaban que sufrir pruebas mas amargas, que la soportada en aquel momento.

Aquella mañana Dervil se presentó mas temprano que de costumbre en casa de Elena, y ésta pudo notar en la alteracion de sus facciones que la duda y los celos dominaban su corazon.

Por uno de esos fenómenos tan comunes en la existencia, Ricardo, que habia vacilado entre el amor de las dos jóvenes, al creer, por un instante, que el alma de Elena podia abrigar otros amores que los que él la habia inspirado, sintió renacer viva y ardiente la llama de su primera pasion, y la imagen de Fanni quedó relegada al olvido en el fondo de su pecho.

Por eso venia lleno de afan, lleno de anhelo, á reanudar los lazos aflojados por un momento.

Elena al verle sintió que su corazon se oprimia: mas juró tener valor, y fingiendo calma, le recibió con la sonrisa de otros dias.

—Sin duda estás ya repuesta de tu accidente de anoche, la preguntó mirándola fijamente.

—Oh! sí, respondió ella; ya pasó todo.

—Esta mañana he venido muy temprano á saber de tí....

—Ah! ¿has venido? preguntó la niña con marcada turbacion.

—Sí; pero no me atreví á llegar hasta aquí por temor de incomodarte.

Elena respiró con libertad, pero no le respondió.

Nada de esto pasó desapercibido para Ricardo, que sin embargo continuó:

—Nosotros no sabemos nunca hasta dónde llega el amor que nos inspira un ser, hasta que por un instante suponemos que podremos vernos privados de él.

—¿Qué quieres decir?

—Que anoche he pensado por primera vez cuán infeliz seria si llegase á perderte, Elena.

La jóven no habia contado con esta nueva tortura y se sintió desfallecer.

—Te he visto enferma y mi corazon se ha estremecido de angustia, revelándome así cuanto te amaba; te he visto atendida, preferida por otro que no era yo, y mi alma se ha resistido contra la idea de no impedirlo.

—Pero... ¿qué es lo que quiere decir? ¿supones...?

—Oh! no; yo tengo entera fé en tu cariño; ¿quién pudiera dudar de un ángel? jamás te haré la ofensa de creer que los sentimientos de tu alma pura y virginal pudieran fluctuar ni vacilar por un instante. Tú, Elena mia, eres incapaz de variacion ni de engaño; por eso te amé desde que te ví, por eso puse en tu cariño mi ilusion.

—Ricardo!

—Lo que te eleva á mis ojos, lo que te hace superior para mí á todas las mujeres, es tu sinceridad, tu inocencia; es tu cándido amor, en el cual tengo entera fé! por eso,...

—Dios mío! murmuró la jóven temblando al oír aquellas frases, que otras veces eran su vida; Dios mío!

—Por eso estoy resuelto á hacer público nuestro amor.

—¿Qué dices?

—Que hoy mismo hablaré de él á D. Martin, y le pediré su consentimiento para....

—Oh! no; gritó Elena sin pensar en lo que hacia: no, Ricardo, eso no puede ser.

—Cómo!

—Calla, calla ese cariño.... ese cariño que hoy....

—Sigue: ¿acaso no es el mismo que ayer?

—Ay de mí! no es lo mismo.

—Y no quieres que sepan...?

—No, no; yo te lo ruego.

EL DEPOSITARIO.

(Continuación).

Lejos de ganar el ángulo del jardín donde estaba colocada la puerta que debía darle salida, el joven se detuvo á su pesar, mirando hácia atrás. Dos formas vagas se deslizaban á lo lejos por entre los árboles, y se perdían insensiblemente entre la niebla de la mañana. Miguel las siguió con la vista con una emoción inexplicable. Acababa de ver, quizás por la última vez, aquella á quien había asociado hasta entonces á todos sus proyectos del porvenir. Sentía desgarrarse su corazón, y permanecía en el mismo sitio aturdido por este doloroso pensamiento.

Casi al mismo tiempo un ligero ruido producido por la rotura de algun arbusto, resonó á algunos pasos. El joven, absorto en sus reflexiones, no hizo alto en él.

Sin embargo, una cabeza canosa acababa de levantarse de improviso en medio de las vides que guarnecían la cima de las paredes de la huerta: volvióse hácia todos lados para investigar el terreno á través de la semioscuridad que rodeaba la posesión: pero una masa de arbustos le ocultaba á Miguel. Engañado por la inmovilidad y el silencio, encaramose mas alto, y entonces se pudo distinguir el busto entero de un hombre pobremente vestido, y de cuyas espaldas pendía un viejo zurrón de tela basta. La edad y la proeza habían impreso en su persona un carácter doloroso. Su aspecto era miserable, sus movimientos inciertos y su fisonomía inquieta. Después de haber reconocido del otro lado de la tapia las hendiduras que ya le habían ayudado á escalarla, montose en el caballete, asiose de él, y su pié buscaba un punto de apoyo para bajar, cuando Miguel, saliendo de su éxtasis, se puso en marcha hácia la puerta.

Su aparición inesperada pareció causar tanto pavor como sorpresa al visitador nocturno. Encorvose precipitadamente sobre la extremidad de la tapia, colocó el pié derecho en el primer intersticio que pudo encontrar, alargó precipitadamente el pié izquierdo para buscar uno nuevo: desgraciadamente el punto de apoyo en que estaba sostenido, cedió bruscamente bajo su peso: sus dos manos resbalaron, y cayó en medio de las zarzas y ortigas que guarnecían exteriormente el pié de la muralla.

Miguel levantó la cabeza al ruido de esta caída; pero el día estaba poco avanzado para que pudiese distinguir los encañados rotos y las vides tronchadas que le hubieran hecho comprender. No se detuvo á indagar la causa de lo que

—Sería mentira mi creencia? sería vana mi fe?

—Ricardo!

—Serías tú como las demás mujeres, con quien yo no quería ni aun compararte?

La joven alzó la frente, movió sus labios para contestar; pero la palabra espiró en ellos al ver entrar en la estancia á D. Martín, apoyado en el brazo de Águeda.

Tendió su mano á Dervil, dirigió á Elena una tierna sonrisa, y la dijo con suma bondad:

—Vamos, hija mía, no te turbes así, tranquilízate; ya sabes que conozco tu amor á Ricardo, y que no le desapruébo enteramente.

—Padre mío!

—Que ¿V. sabe....? dijeron los dos jóvenes al par.

—Sí: ayer mismo Elena me reveló este secreto, y me abrió enteramente su corazón; su corazón, que pertenece á V., y que es tan puro como la sonrisa de un niño!

Ricardo absorto sintió renacer de nuevo su fé en aquella desgraciada niña, y se apresuró á preguntar:

—Ah! con que Elena le ha dicho á V...?

—Sí, todo.

—Y... cuándo?

—Ayer mismo.

—Y V....?

—Yo he puesto una sola condición para aprobar estos amores, puesto que ella dice que de ellos depende su vida entera.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA FLOR Á MARÍA SANTÍSIMA.

SONETO.

Oh Madre celestial, que á la criatura
Alivias en sus penas y dolores;
Eres flor la mas bella entre las flores,
Entre las flores eres la mas pura.
Eres fuente dó mana la dulzura,
Eres raudal dulcísimo de amores,
Eres iris de paz, y sus colores
Retratan tu pureza y hermosura.
Qué ser existirá que no se asombre,
Que no sienta placer, ¡oh Madre mía!
Al pronunciar tu sacrosanto nombre?
Los querubes le cantan á porfía,
Y entusiasmado lo repite el hombre,
Porque es de cielo y tierra la alegría.

Antonio Molina Gonzalez,

Blanca.

acababa de oír, y continuando su camino hasta la puerta, describió el cerrojo y encontróse en el campo.

Iba á atravesar un espeso matorral para tomar su caballo, cuando unos sordos gemidos atrajeron su atención. Prestó atento oído: el ruido venía de entre las altas yerbas que guarnecían el pie de la tapia. Miguel se dirigió con cierta incertidumbre hacia el lado que parecían indicarle los gemidos: á lo lejos distinguió una masa que se movía y quejaba. Aceleró el paso, y bien pronto se encontró delante del herido.

—El *Rouleur*! gritó admirado.

—Ah! salvadme, Sr. Miguel, balbuceó el hombre del zurrón, revolcándose entre la maleza, he caído, estoy muerto.

—Vamos, replicó el joven, que no suponía la caída de gravedad, habeis trincado ayer demasiado en la *Cruz Encarnada*, y acabais de despertaros con la frescura del suelo.

—No, no, dijo suspirando el *Rouleur*, no creais eso, mi buen Sr. Miguel; tan verdad como que soy cristiano! Mirad cómo corre mi sangre.

—Sangre! replicó Miguel asustado; pero entonces qué teneis? qué os ha sucedido?

Á pesar de sus dolores, el *Rouleur* tuvo la presencia de espíritu de no responder á esta última pregunta. Redobló sus quejidos, mezclándolos con el relato de un cuento imposible de seguir, y que confirmó al que le oía en el pensamiento de que su caída era el resultado de la embriaguez. Trató de hacer un esfuerzo para levantarse, pero sus tentativas fueron inútiles. Miguel viendo que no podía andar, corrió á buscar su caballo, sobre el cual lo colocó con el ánimo de volver á la quinta, que era la habitación mas cercana; pero el *Rouleur* lo rehusó obstinadamente, y pidió ser conducido á su cabaña, que se encontraba á bastante distancia.

Luego que llegaron, su conductor lo levantó en sus brazos, depositándolo en el jergón que le servía de cama. Quiso en seguida dejarlo para avisar al médico de Saint-Paterne; pero el herido lo retuvo con apagada voz:

—No me abandonéis! gritó, en nombre de Dios! tened piedad de mí.... Si me dejais solo, oy hombre perdido!

—Pero será menester llamar un médico, observó Miguel.

—No, replicó, no quiero! Lo que me hace falta por ahora es beber alguna cosa.... Por el recuerdo de vuestro bautismo, querido Sr. Miguel, no os vayais sin darme de beber.

El joven buscó á su alrededor, y no encontró mas que un cántaro de agua y una botella de aguardiente. El *Rouleur* quería el aguardiente,

afirmando que no había nada mejor para las caídas, y dando por prueba que los médicos lo mandaban en fricciones; pero no pudo convencer á Miguel, que se contentó con alargarle el cántaro, preparándose á salir para buscar socorro á pesar de su oposición, cuando M. Loisel apareció á la puerta de la cabaña.

El propietario de los *Viviers*, que se levantaba siempre el primero para visitar su finca, acababa de divisar el caballo del joven á la puerta de Francisco, y habia entrado para saber lo que Miguel podía hacer allí á una hora semejante.

Al verlo, el herido hizo un gesto de sobresalto, y quiso enderezarse sobre su asiento; pero las fuerzas le faltaron. M. Loisel preguntó qué sucedía, y Miguel le contó como habia encontrado al *Rouleur* sin movimiento, junto á las tapias de la huerta.

—Y qué haciais allí, bellaco? preguntó el propietario fijando los ojos sobre Francisco.

Este hizo un esfuerzo para levantar la mano, quitándose su gorra con indolencia.

—Perdon, dispensadme, señor, dijo: estaba allí bien á pesar mio, y la prueba es que no he podido levantarme por mi solo, ni dar un paso hacia adelante.

—Pero cómo habias caído?

—Ay de mí dulce Jesus mio! dijo el mendigo, que no quería comprender, cómo se cae siempre, mi digno amo, por torpeza y por desgracia.

—Lo he encontrado al pie de la antigua muralla, cerca de una de las grandes piedras colocadas en arbotante, observó Miguel.

El propietario levantó vivamente la cabeza.

—Entonces estaba del lado de la grande abertura? preguntó.

—Al lado mismo de la brecha que quereis hacer reparar.

M. Loisel golpeó el suelo con el bastón que tenia en la mano.

—Que yo muera si el bribón no se ha caído queriendo escalar las tapias! gritó.

—No es verdad! interrumpió el *Rouleur* con una precipitación que confirmó la sospecha del dueño.

—Salias del jardín, ó entrabas en él! replicó con aire amenazador.

—Nada de eso, nada de eso, tartamudeó Francisco, á qué habia yo de ir á vuestro jardín? No sería ciertamente por los albaricoques.

—Con que sabes que los hay? observó M. Loisel.

—Es decir.... debe haberlos.... replicó el *Rouleur* desconcertado: todo el mundo sabe que los plebeyos buscan los buenos frutos.

—Y por eso vendes tú los míos, no es eso?

Porque tú eres quien me los quita hace quince días.

—Repetid otra vez una acusacion como esa, dijo Francisco que se esforzaba en hacerse insolente para no parecer turbado, é insultad y atormentad á los pobres no teniendo pruebas....

—Las tendré! interrumpió el propietario, cuya mirada acababa de detenerse en el zurron que el *Rouleur* habia empujado debajo de sí, de manera que no se dejaba ver mas que una esquina.

Y acercándose vivamente, asió la cuerda que le servia de bandolera, pero Francisco la retuvo con sus dos manos.

—No toqueis! gritó: no teneis derecho.... Nadie puede registrar mi zurron sin mi permiso.... Este hombre me hace mal y será responsable ante los jueces si me quedo inútil para el trabajo....

—Bueno! dijo M. Loisel; pero por todos los diablos! yo sabré á qué atenerme.

Y tirando del zurron hácia sí, lo abrió y deramó sobre la cama los mas hermosos frutos del jardin.

La prueba era demasiado convincente para que el *Rouleur* pudiese negar todavía: así, cambiando al punto de lenguaje, se puso á implorar la indulgencia del dueño del *Viviers*. Pero la certidumbre del robo que no habia hecho hasta entonces mas que suponer, acababa de sumirlo en un trasporte de colera tan violenta, que no le permitia escuchar nada. Su primer movimiento fué correr hácia un látigo que habia colgado cerca del hogar y levantar el mango con las dos manos sobre el herido. Miguel se colocó vivamente delante de la cama con los brazos extendidos.

—Dejadme! gritó M. Loisel, es un bribon que quiero castigar. Ah! si yo hubiera estado allí con mi escopeta cuando escaló las tapias, lo hubiera matado como á un perro.

—Gracia! mi buen señor, gritaba el *Rouleur*: bastante castigado he sido! Quereis la muerte de un cristiano por algunas malas frutas?

—Malas frutas! repitió M. Loisel, herido en su orgullo de propietario; malas frutas, mis mas hermosos albaricoques! Unos albrichos y espalderas que valen dos francos la docena en Alencon! He de hacer que te pudras en una cárcel, malvado!

El *Rouleur* no pudo responder, sea que el efecto de la caída no se hubiese dejado sentir al instante, sea que el descubrimiento de su robo lo hubiese provocado, empezó á vomitar sangre á borbotones y daba gritos de dolor que espantaron á Miguel. Hizo observar á M. Loisel que seria necesario enviar á buscar un médico.

—Un médico! añadió éste furioso; el juez de paz, quereis decir, la gendarmería, que se les haga venir al instante.

Y corriendo hácia la puerta, llamó á un muchacho de la granja que pasaba por allí, y le mandó tomar el caballo destinado al jóven, y traer sin tardanza al juez de paz.

Miguel quiso mediar; pero M. Loisel no le dejó tiempo de acabar su súplica.

—Nada de gracia! Nada de perdon! gritó con furia; la impunidad envalentona á los malvados. Vos despreciais la propiedad como todo el que nada posee! pero yo cuido como otro cualquiera de lo que me pertenece; y tan verdad, como que tengo este látigo con el que hubiera querido castigar la falta de vuestro protegido; no se volverá á levantar sino para ocupar el lugar que merece en galeras.

Estas últimas palabras habian sido pronunciadas con un tono que quitó al jóven toda idea de insistencia: volvióse al lado de Francisco cuyos sufrimientos parecian no haber disminuido.

Su embarazo era extremo: hubiera querido aliviar al herido, pero la habitacion del médico mas próximo distaba cerca de una legua, y el criado de la quinta despachado por M. Loisel se habia llevado su caballo. Por otra parte, Francisco lo retenia con sus llamamientos y sus súplicas. Le pedia intercediese por él con el propietario de los *Viviers*: achacaba su robo á la pobreza, la vejez y el abandono, y buscaba en su memoria recuerdos que lo hiciesen algun tanto recomendable á los ojos del propietario. Ambos habian nacido en la Vendée, donde se habian encontrado en otro tiempo: el *Rouleur* habia tambien conocidos varios amigos de M. Loisel, que le nombraba y cuyos nombres invocaba á grandes voces, mezclando sus súplicas con sus lágrimas. Pero aquel á quien se esforzaba en conmovér, no estaba presente; ansioso de venganza, habia salido al encuentro del juez en compañía del cual no tardó mucho en volver.

M. Lefebure ejercia, hacia cerca de treinta años, en el canton sus importantes y difíciles funciones. La experiencia que endurece las almas vulgares habia vuelto la suya mas compasiva; aplicaba la ley como el verdadero cirujano aplica el remedio, con precaucion y dulzura; el culpable era siempre para él un desgraciado, nunca un enemigo.

Sin embargo, al verlo seguido de su escribano de justicia, el *Rouleur* dió un gemido lamentable.

(Continuará).

J. de D. Ruiz.

VARIEDADES.

MUJERES CÉLEBRES.

ARQUIDAMIA.

Fué esta célebre mujer contemporánea del rey epirota Pirro, notable en la historia por sus conquistas. En los episodios de la conquista de la Lacedemonia intentada por el ilustre guerrero, figura el nombre de Arquidamia por su valor y esfuerzo impropios de su sexo.

En la época en que Pirro invadió el territorio lacedemonio, gobernaba el país Cleónimo, generalmente aborrecido por sus violencias que le hicieron caer del trono.

A este hecho, que exasperó sobremanera al impetuoso Cleónimo, vino á añadirse una nueva causa de furor; la traición de su esposa Quelidónida, que abandonándole en su desgracia, se unió con Acrótato, hijo de su colega Areo.

El despecho de Cleónimo llegó á su colmo. Desde entonces no respiró ya más que sed de venganza, y olvidando todo sentimiento patriótico, no dudó en trasladarse al campamento de Pirro, pidiéndole auxilio para realizarla y para recuperar su trono.

Pirro entre tanto avanzaba resueltamente por el territorio de la Lacedemonia. La invasión había sido tan inesperada que los espartanos no tuvieron tiempo de hacer preparativos de defensa, y aturridos por la urgencia del peligro, solo pensaron en enviar embajadas al invasor, pidiendo que les explicase su conducta.

El rey del Epiro empleaba frases evasivas para contestar á aquellas embajadas, pero continuaba penetrando en el interior, dirigiéndose hácia Esparta, á cuya vista llegó al poco tiempo.

En aquel supremo trance pensaron los espartanos en trasladar á sus mujeres á la isla de Creta con el fin de librarse de los peligros del sitio. Discutió la Asamblea de la república aquella medida, y cuando ya se iba á extender el decreto, oyóse en las puertas un gran tumulto. Antes que tuviesen los senadores tiempo de reponerse de la admiración que les causara aquel inesperado incidente, penetró en el interior una mujer de aspecto enérgico y resuelto, armada de una luciente espada, y dirigiendo la palabra á los atónitos senadores, se expresó en estos términos:

—«Romped ese decreto injurioso, porque no le obedeceremos. Nos deshonrais creyéndonos tan cobardes que pudiéramos sobrevivir á la ruina de la patria; estamos preparadas á defender la ciudad, y resueltas á vencer ó morir con vosotros.»

Aquella mujer era Arquidamia.

Nada nos cuenta la historia de sus antecedentes, puesto que hasta aquel momento no fijó sobre su persona la atención pública; pero sábase que tenía ya una hija llamada Agesistrata, y que era de la familia real de Esparta. En la Lacedemonia, al pasar de la monarquía á la república, verificóse el cambio sin desagradables sacudimientos, y por eso, en medio de las instituciones, continuaron reinando los reyes, cuyo poder estaba dividido entre dos colegas. Al propio tiempo existía también en la república una magistratura superior. Los que la desem-

peñaban se llamaban eforos, y su poder era bajo todos aspectos respetable.

Hechas estas ligeras aclaraciones, prosigamos.

La heroica resolución de Arquidamia fué adoptada por todas las mujeres de la ciudad, las cuales, recordando las gloriosas y viriles tradiciones de su patria, se prepararon con febril ardor á la defensa de Esparta.

Adoptáronse en vista de esta decisión, medidas extraordinarias y se dieron armas á los esclavos, y entonces todas las personas de la ciudad, sin distinción de sexo ni edad, rechazaron denodadamente los ataques de Pirro.

Habiendo penetrado este de un modo inesperado en el país, no podía comprender esta resistencia. Ignoraba que las mujeres y hasta los niños se ocupaban en las faenas del sitio abriendo zanjas y formando empalizadas, y que tanto Quelidónida, la infiel esposa, como Arquidamia y Agesistrata su hija combatían al lado de sus compañeras, sirviendo de ejemplo á las más esforzadas.

Dícese que Quelidónida llevaba al cuello una cuerda atada con un nudo corredizo, para significar que se ahorcaría si penetraba Pirro en la ciudad. Este, por su parte, redoblaba los ataques á medida que hallaba mayor resistencia; pero Acrótato, el enemigo de Cleónimo, desplegaba tal resolución y pericia, que el monarca epirota quedaba siempre rechazado.

En vista de tan repetidas dificultades, intentó Pirro el último y supremo esfuerzo echando mano de todas sus tropas y atacando á la ciudad por todas partes.

Terriblemente reñida fué aquella jornada, y la mortandad espantosa por ambos lados. Las mujeres peleaban al lado de sus esposos, y esto convertía en un héroe á cada espartano. Pirro, desesperado al observar tanta resistencia, lanzaba sin cesar hácia la ciudad nuevas falanjes; pero á medida que el número de los sitiadores aumentaba, los sitiados redoblaban su energía y decisión. La batalla permaneció por mucho tiempo indecisa; difícil era prever de qué lado se inclinaria la victoria, cuando un inesperado refuerzo vino á decidir aquella empeñada contienda.

El padre de Acrótato, que al comenzar el sitio había marchado á la isla de Creta á buscar auxilios, llegó precisamente en aquellos momentos al frente de dos mil esforzados cretenses.

Tan importante refuerzo dió nuevo valor á los sitiados, y su denuedo fué tal, que el célebre guerrero se vió obligado á levantar el sitio ante aquel pequeño ejército de espartanos y cretenses.

El ejemplo de Esparta decidió á las demás ciudades de la Lacedemonia, que unieron sus esfuerzos contra el invasor. El resultado de esta liga fué la salvación de la patria y la derrota y muerte de Pirro.

Queda, pues, demostrado que al valor, arrojo y patriotismo de una mujer debió la Esparta su salvación y el vivir independiente por algunos años, hasta que un rey débil dejó que otro más fuerte la conquistara y dividiera. Tal vez si Arquidamia hubiera tenido en su patria algunas imitadoras, Leonidas no figuraría en la historia.

Sofia Tartilan.

GRANADA:

IMPRESA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.